CORPORACIÓN
Gilberto
Echeverri
Mejía

II Concurso
de escritura & relato

Corporación Gilberto Echeverri Mejía

CORPORACIÓN Gilberto Echeverri Mejía | IDEA | Fundación epm | GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA | UNIDOS

CORPORACIÓN

Gilberto
Echeverri
Mejía

Presentación

Este texto es el resultado del II Concurso de Escritura y Relato realizado por la Corporación Gilberto Echeverri Mejía durante la vigencia 2020, con el ánimo de facilitar a los beneficiarios de los Programas que administra la entidad el préstamo de su servicio social, atendiendo la emergencia sanitaria en salud ocasionada por el COVID-19.

En ese sentido, este documento hace parte de un hermoso proceso de construcción autónomo partiendo de recursos literarios que aquí se compilan para la lectura y disfrute de todos.

Corporación Gilberto Echeverri Mejía

¡Bienvenidos!

Tabla de Contenido

01. **El amor de mi vida**
Alejandra María Arango Montoya

04. **Relatos de mi abuelo: Don Juan Olarte, modelo del buen patrón**
Giovani Salazar Rendón

07. **Las tres pérdidas**
Jazmín Yuliana Londoño Usuga

10. **Vuelve**
Juan Manuel Castro Orrego

12. **Inesperada visita de un 15 de octubre**
Leidy Juliana Restrepo Mesa

13. **Un grito en el silencio**
Mabel Rocío Úsuga Yepes

14. **La última estación**
Mateo Fonnegra Marín

17. **Hojarascas musitan a los viejos obstinados**
Sebastián López Martínez

19. **Celia**
Tania Paola Aristizábal Henao

21. **Habitación 212**
Valentina Mesa Quintero

24. **Recúerdame**
Valentina Quintana Pérez

El amor de mi vida

Alejandra María Arango Montoya

Esta es la historia de un abuelo con Alzheimer, para mí, el hombre perfecto y el amor de mi vida. Su nombre fue Otoniel Montoya, un hombre de campo durante toda su vida; Quien formo una hermosa familia con una esposa de fuerte temple, pero que levantaron 12 hijos con mucho amor. Todos ellos formaron una familia y les dieron muchos lindos nietos.

Otoniel fue un esposo ejemplar, sin infidelidades a su esposa y nunca se dejaron de amar; un amor eterno de esos de admirar. Igualmente fue un excelente padre, muy amoroso, muy protector y sobre todo los ayudo y apoyo para que salieran adelante. Cuando llegaron los nietos, le cambio la vida, era el más amoroso, cariñoso, alcahueta y el mejor abuelo. Solo les dio amor a todos sus nietos y no fueron poquitos; al pasar los años iban llegando más y más. Yo nací y tuve la fortuna de tenerlo a él como abuelo y no fui ni su primer ni ultima nieta, pero fui la niña de sus ojos o era lo que él me decía.

El abuelo también iba envejeciendo al pasar los años y se mudaron al pueblo, dejando la finca al cuidado de uno de sus hijos. Pero también, yo me fui a vivir con ellos. Y se creó un amor tan grande entre nosotros, el hizo que yo tuviera una infancia muy feliz, fui muy feliz con él. El no permitía ni que me tocaran, ni que me hicieran llorar y a causa de esto se formaron muchos problemas con mi abuela. Empezaron a pelear mucho y era por mi culpa. Entonces, nos tuvieron que separar, mi madre me llevo a vivir a otro lugar con ella. Pero, no muy lejos de los abuelos, el abuelo todos los días me visitaba.

Un tiempo después, el abuelo empezó a olvidar pequeñas cosas como los nombres, que día era, que iba hacer. Y al principio no era muy raro, pues el abuelo ya tenía mucha edad. El problema fue que avanzo muy rápido, en pocos meses ya olvidaba demasiadas cosas y además le daba rabia por todo, lo que nunca porque él era una persona muy calmada. Y en ese momento, fue que le diagnosticaron la enfermedad del Alzheimer. Fue un acontecimiento muy doloroso para mí, para la familia y me imagino que más para él, esta es una enfermedad muy triste. El abuelo había tenido una vida muy buena y una familia maravillosa, como para empezar a olvidarla.

Sin embargo, seguimos viviendo, intentando llevar la enfermedad, mis abuelos siguieron viviendo solos, pero ya el abuelo necesitaba más cuidado, entre todos lo cuidábamos, pero mis tías y mi mama eran las que más a cargo estuvieron y claro

la abuela que todo el tiempo estaba con él.

No todo fue malo, el Alzheimer fue también una enfermedad hermosa para mi abuelo, al principio el solo recordaba su pasado, recordaba que vivía en la finca, recordaba a sus papas y a sus hermanos, para él ellos todavía vivían. Recordaba su niñez y su juventud, él se creía un joven, decía que tenía 14 o 20 años, que tenía novias, que iba ir a trabajar, en fin. El nunca dejo de contar historias de su pasado, era muy gratificante oírlo contar esas anécdotas.

A pesar de esto, él siempre nos recordaba, probablemente no que éramos sus nietos o sus hijos, pero sí recordaba que éramos su familia. Y siempre nos recibía con una gran sonrisa, se le notaba la felicidad al vernos y nos daba amor de sobra. Preguntaba mucho por sus hijos, pero cuando estaba con ellos creía que eran sus amigos y hasta los confundía con sus hermanos. Algo increíble es que a la única persona que nunca olvidaba era a su esposa, él no podía vivir sin ella, si la abuela no estaba preguntaba mil veces por ella y nunca olvido su nombre. Por eso fue un amor eterno, fue un amor realmente hermoso.

Conmigo fue diferente, él siempre me tenía presente y preguntaba mucho por mí, éramos inseparables, algunas veces sabia mi nombre y otras veces no, pero el amor siempre existió y eso fue más fuerte que cualquier cosa. Hubo momentos en los que ya tenía la enfermedad un poco avanzada y empezó a confundir el amor por mí, decía que se quería casar conmigo, para todo mundo era una sorpresa, pero todos sabían que era a causa de la enfermedad, y yo lo tomaba como una muestra del amor tan grande que me tenía. Eso también cambio, al ir avanzando la enfermedad me iba olvidando cada vez más, era un poco triste, pero yo estaba con el frecuentemente y en medio de las rabias que causa el Alzheimer era yo la única que lo calmaba, de mí se dejaba tocar, de mí se dejaba llevar, de mí se dejaba abrazar y eso me hacía muy feliz.

Las rabias es un proceso del Alzheimer, hay que saber comprenderlo y tomarlo de la mejor manera, estando en la casa decía que se quería irse para su casa y como no había otra casa, eso le ocasionaba muchas rabias, incluso se iba sin saber a dónde y nos tocaba ir detrás. Fue un poco duro, en medio de las rabias se le daba por pegar y ya se tenía que controlar con medicamento, es medicina muy fuerte que lo dopaba y adormecía, era muy duro verlo así. La enfermedad muchos años se le quedó estancada y el abuelo era hermoso, él no lo sintió porque a él se le olvidaba, y lo lindo fue que volvió a ser un niño.

El abuelo fue tratado siempre de la mejor manera, él fue muy buen padre, esposo, hombre, abuelo y se merecía el mejor cuidado del mundo. Todos lo atendimos con el amor más grande y eso nunca nos va a pesar. Nuestra familia es muy unida, y cuando estaba el, nos reuníamos todo el tiempo y él era el primero que llevábamos. Éramos felices y no lo sabíamos, lo teníamos a él, en las fiestas y más que todo en las navidades él estaba y hacia que estas celebraciones fueran mágicas, y él era feliz viéndonos a todos juntos.

Pasó la última navidad igual de maravillosa que cada año, con el abuelo a nuestro

lado, ni un mes después él falleció, yo no me lo esperaba, es el dolor más grande que he tenido en mi vida, es muy difícil creer que ya no está, pero lo pudimos disfrutar muchos años, murió a una edad de 91 años. Pero yo quería que mi abuelo fuera eterno, es un amor irremplazable, él fue mi padre, mi abuelo y el amor de mi vida. Quisiera que estuviera todavía conmigo, pero así es la vida. No se alcanzan a imaginar cuanto lo extraño.

Un hombre con una vida maravillosa, el pilar de nuestra familia, a quien siempre recordaremos con mucho amor, siempre estará en nuestros corazones. Un abuelo que nunca se dejará de amar.

Relatos de mi abuelo: Don Juan Olarte, modelo del buen patrón

Giovani Salazar Rendón

Entre los sofocantes rayos del sol y las ramas de los árboles que nos ofrecían sombra, me encontraba con mi padre y mi abuelo materno, en un intento por arar la tierra para ser cultivada. Ellos, hombres trabajadores, de manos gruesas y lomo acorazado, acostumbrados al calor del sol y al sudor que produce el trabajo duro; y yo, un jovencito escuálido, debilucho, con manos de alambre al que la vida le había tratado mejor.

La noche anterior, Arturo, mi padre me pidió que le acompañara a trabajar la tierra. Yo, que ya muchas veces me había negado, y al no hallar una nueva excusa, acepté. ¿Qué estoy haciendo aquí, cansado de dar golpes de azadón con este calor abrasador? Me preguntaba una y otra vez. Joaquín, mi abuelo, y mi papá, hablaban de sus cosas, sin ni siquiera parar o disminuir el ritmo del trabajo; mientras que yo, estratégicamente ubicado bajo la sombra de los frutales, lanzaba el azadón lo suficiente como para no agotarme, y lo necesario para que no me exigieran más. Mientras hablaban y contaban historias y anécdotas, hubo una que capturó mi atención y sin resistirme ni importarme salir de la sombra de los frutales, me acerqué a ellos, a dar azadonazos pero sobre todo, a escuchar lo que con tanta minucia le contaba mi abuelo a mi padre. Pero ¿Qué es esto?, pensaba yo. Mi abuelo recordaba días, fechas, y valores del dinero de la época, relatando sin titubear con ese acento campesino, tan propio de él.

"...Yo trabajaba en la finca de don Otto Elger, un alemán. Ahí donde ahora queda la Clínica Somer, hasta arriba, todo eso era de don Otto, relataba mi abuelo. Empecé de veintiún años, no me había casado. Donde don Otto trabajé nueve años, desde el 9 de mayo del cincuenta y nueve, hasta el 12 de octubre del sesenta y ocho". Esa memoria prodigiosa era lo que me había atrapado, pero no sabía que la mejor parte estaba por venir.

"Empecé ganando 5 pesos al día y cuando salí, ganaba 12. Renuncié y al otro día me fui a buscar trabajo a Casa Mía, la finca de los Olarte. Esa vez don Juan me dijo que tenía todos los puestos ocupados, pero pasada una semana me mandó buscar porque el establero se había ido a pagar el servicio militar. Estuve nueve días sin trabajo". Cuenta mi abuelo que don Juan se sentó con él y acordaron el trabajo que iba a hacer y el
pago correspondiente:
-Joaquín, ¿Cuánto ganabas donde Otto?
-12 pesos el día, don Juan.

-Yo te voy a pagar 13. ¿Está bien?
-Está muy bien, don Juan.
-Y ¿Cuántos hijos tenés?
-Cuatro, don Juan: Beatriz, la mayor. Gildardo, William, y María Elsy. (Margarita no había
nacido todavía, -nos aclaraba mi abuelo-).
-Te voy a pagar 2 pesos adicionales por cada uno, semanalmente. ¿Te parece bien?
-¡No, pues cómo no me va a parecer bien, don Juan! ¡Muchas gracias!

"Trabajé como establero hasta que me jubilé en el noventa y ocho. Yo era el encargado de cuidar a los animales. Sembraba la hierba, la cortaba y picaba a machete para darles de comer, ordeñaba y limpiaba el establo" continuó.
Cuenta mi abuelo que don Juan dejaba que cada trabajador hiciera su trabajo, les interrumpía poco, pero con cierta frecuencia se acercaba y de manera muy concreta les preguntaba por asuntos personales y familiares.

"En enero del ochenta y siete, don Juan se sentó a un lado mientras yo ordeñaba y me preguntó:
-Joaquín ¿Qué hay de esta hija tuya que te sacó grados hace poco, qué está haciendo?
-Don Juan. Le pagué un secretariado y ahí está haciendo arepas y saliendo a vender con la mamá".
-Decile que vaya donde Carlos a ver que la pone a hacer en Autolarte.
-Muchas gracias don Juan, yo le digo.

El 14 de enero, María Elsy se dirigió a las antiguas oficinas de Autolarte Rionegro y, con hoja de vida en mano, se presentó con don Carlos Olarte como la hija de Joaquito. Don Carlos le recibió la hoja de vida y viendo que había estudiado mecanografía, le indicó que empezaría el próximo lunes en el área de cartera, para lo cual le sugirió aprender también de sistemas.

"Éramos cinco trabajadores: Dos mecánicos, una cajera, un encargado de bodega, y yo, en cartera", recuerda María Elsy y agrega que luego pasó a recepción y finalmente a su cargo actual, en el que es la responsable de caja, caja menor, contabilidad, pago a proveedores y entrega de vehículos. Desde ese primer lunes, han pasado ya 33 años.

Mi abuelo continuó con sus historias, esta vez, una que me tocaba directamente. "Dos años antes de eso, de preguntarme por Elsy y darle trabajo en Autolarte, se me acercó cuando estaba picando hierba y me preguntó por su mamá", me dijo. Yo, atento a lo que me iba a decir, no perdí detalle a ninguna de las palabras que usó mi abuelo.

-Joaquín, ¿Qué hay de la hija tuya, la mayor, la del soplo al corazón?
-Don Juan, está en la casa ayudándole a la mamá. Con lo buena estudiante que era, tuvo que salirse de estudiar porque los médicos dicen que no puede hacer nada, ni trabajar ni tener hijos.

-¿Y qué dice el cardiólogo?
-No don Juan. No la he llevado.
-Yo le regalo la consulta. ¿Te la pido?
-¡Ah! Yo le agradezco mucho, don Juan.

Pasados varios días, después de la cita con el cardiólogo, don Juan volvió a acercarse a mi abuelo.
-Joaquín. ¿Cómo le fue a tu hija en la cita, qué le dijo el cardiólogo?
-No, don Juan, que necesita cirugía a corazón abierto.
-Y ¿Vos qué pensás?
-La cirugía debe ser muy costosa, don Juan, y yo no puedo pagarla.
-Hagamos una cosa Joaquín. Yo le pago la cirugía, y vos la hospitalización. Yo te la voy descontando.

El 26 de junio de 1985, Beatriz, mi mamá, a sus 23 años, fue ingresada a cirugía de corazón abierto en la Clínica del Rosario, en Medellín. La cirugía, con un costo de $100000 fue asumida por don Juan Olarte, y los $69000 de la hospitalización de diez días, descontada durante varios meses del salario de mi abuelo que ya por esta época, se acercaba a unos $13600.

Mi mamá, a una edad mayor a la de sus compañeros, terminó su bachillerato donde, en los tiempos perfectos de Dios, conoció a Doris, quien ahora es mi suegra. Pudo trabajar, se casó con mi papá, quien había envi dado hacía unos años, y con él, tuvo dos hijos: A mí, y ocho años después, a mi hermano Daniel.

“Don Juan fue muy buen patrón” concluyó mi abuelo. Y yo, anonadado y con lágrimas en los ojos, en lo único en que pensaba era en cuánto podía impactar la buena acción de una persona, en la vida de otros y sus generaciones, a partir de un genuino interés de ayudar desde sus posibilidades. Sea mucho, o sea poco, ¡Para eso es el dinero!

Las tres pérdidas

Jazmín Yuliana Londoño Usuga

Sentado en un butaco, con el radio prendido y en el fondo el sonidito de los pájaros, mi Padre, un hombre de 40 años, que aparenta tener más de 50, me dice entre risas,

- ¿Jaz, quiere que le cuente la historia de mis papitos?
- Obvio Pa.

Acomoda su carrizo y le pide un tinto a mi Madre para comenzar a contarme la historia; él es de esas personas que parece tener memoria prodigiosa, recuerda un sinfín de anécdotas y cuentos que vivió o escucho en su infancia.
Mi Papito se llamaba Joaquín Emilio Londoño, era hijo de la señora Carmen Londoño.

- ¿Y el papá?
- Nunca se supo nada de él.
- Mmm…

Mi mamita se llamaba Justiniana Poso Montoya, era hija de Don Eduardo Posso y Doña Helena Montoya. Ellos eran una pareja muy particular, mi papito tenía una estatura como de 1.90 Cm y mi mamita era muy graciosita (jajajaja), ella media como 1.20 Cm o 1.30 Cm. Ella heredó de sus padres, la Finca que se llama La Llorona aquí en Corregimiento de Los Llanos (Norte del Municipio de Peque), era una finca de buen tamaño y muy productiva; mi papito era un hombre muy trabajador, por lo que encerró un sector de la finca para hacer una huerta; en una parte sembró caña, y en la otra parte en compañía de mi mamita sembraron café, pues todos dos querían tener. Cosa que convirtió en un problema. Ellos dividieron la huerta y cuando mi papito tenia trabajadores para desyerbar su parte, se la pasaba con un azadón buscando una mata de penca que hacía las veces de lindero, y cuando mi mamita llevaba trabajadores en la parte de ella, les decía que buscaran un palo de guayabo puesto que ese era el lindero, y en esas se le pasaban, buscando el lindero, uno pa´ allá y el otro pa´ allí, era más el tiempo que perdían que lo que se trabajaba, esa era la pelea de todos los días.

Mi mamita a pesar de su estatura, casi que podemos decir que era la que llevaba el mando porque ella era la dueña de la finca, ella vendía cebollas, coles, tomates de árbol, tomate del pequeñito (cherry), allá cosechaba mi papá y los otros hijos en compaña con ella, entonces ella fue comprando vaquitas, así que también vendía leche y quesitos e iba haciendo una madejita; de hecho mi mamita llegó a comprar

otros terrenos aquí en Los Llanos. Ella tenía varios talegos chiquitos, los guardaba entre sus pechos, uno en cada lado; en uno guardaba la plata gruesa, que en ese tiempo eran billetes de mil, dos mil, cinco mil, y en el otro talego guardaba las monedas y el billetico de cincuenta pesos, de peso, de dos pesos.

Mi papito viendo que mi mamita era la de la madeja, compraba terrenos y tenía ganado él también quería tener sus propias cositas; un día cualquiera, sentía mi mamita Justa esa mano de papito toda peluda metida por los pechos y ella pensando dizque era mucho amor, cuando menos acordó se durmió y cuando despertó ni señas de papito ni del talego, como cuando eso no habían teléfonos ni había nada, mi mamita pensó:

- "Ajjj Joaquín seria que se fue a buscar las vacas o quien sabe pa´ donde se fue, o a traer una carga de leña, él no demora en que llega".

Pasaron dos, tres días, ocho días y nadie. Resulta que fue que mi Papito se voló con el talego donde estaba la plata gruesa a comprar una finca en San Julián (Sur del Municipio de Peque) pa´ tener su propia finca. Para allá se fueron algunos hijos, Bernardo, Nando, Ramón, Luis Adán, Angélica, Eva, Franca, y aquí en los Llanos solamente quedó mi Papá. Mi Papito sembró una cafetera en San Julián y se iba para allá dos o tres meses a trabajar, y cuando adelantaba los trabajos allá se venía a trabajar a La Llorona, a pelear con mamita; el uno buscando la mata de penca y el otro buscando el palo de guayaba. Entonces mi mamita, como era la que mercaba, se iba pa´ Peque en una yegüita blanca, de la llorona se venía el día domingo a eso de las 3 de la tarde, bajaba a los Llanos, a veces la cogía la noche yendo apenas pa´ Peque, llegaba, vendía lo que tenía que vender y se venía a amanecer al Aguacate (Sector a la salida de Peque), a amanecer donde una hermana que ella tenía que se llamaba Poldina, al otro día volvía y se iba pa´ Peque a mercar, a conversar con las amigas, y de Peque se venía a eso de las 4 de la tarde, entonces volvía y entraba al Aguacate a amanecer otra vez donde la hermana. El caso es que, mi mamita a la Llorona estaba subiendo por allá el martes, y era mi papito con ese geniecito puestecito en ese corredor, ojo pal Arrequintadero (Sector cerca de la Llorona), esperando cuando más asomaba mamita. ¡Y Nada! Y empezaba una cantaletica:

- "Azz es que esta sí no se la perdono a Justa, ¡este si es el colmo! Déjela que llegue y me va escuchar. Yo mañana mismo me madrugo pa´ San Julián y aquí no me vuelve a ver Nunca".

Cuando él veía que asomaba una vela entre un tarro en el Arrequintadero, empezaba a mejorar un poquito el genio. Cuando sonaba el portón en el patio de la casa, se levantaba y era amurraito enrruanao; a mamita había que ponerte un taburete pa´ que se pudiera bajar de la yegua, ella ya sabía con qué lo contentaba, lo primero que llevaba muy a mano era un paquete de piel roja (cigarrillos). El saludo de ella era entregarle ese paquete, y él amurraito hay mismo lo recibía y decía:

- "Ejjj, ¿qué es pues la demora ombe?"

- “Jjm, no ve que esa puercada de yegua se me envolató y ¡casi que no la encuentro!, esa fue la que me hizo demorar”.
- “No le digo Justa, es que esa maldinga yegua tiene un vicio muy feo, ¡Yo que la conozco!”

Y ya con esa mentira se lo conquistaba, seguía todo normal, o ni tan normal, se acostaban y se secreteaban toda la noche como si se estuvieran diciendo poemas el uno al otro, pero al otro día peleaban desde que las 4 de la mañana, y al otro domingo, otra pelea por la “pérdida de la Yegua”.

Se lo pasaron peleando desde que se casaron hasta que se murieron, nunca se dejaron, pero nunca dejaron de pelear.

Vuelve

Juan Manuel Castro Orrego

Vuelve, que este sueño llamado realidad se convirtió en una pesadilla.
Vuelve, que desde aquel día la vida me pesa a cada segundo.
Vuelve, que la oscuridad de la noche también se apoderó del día.
Vuelve, que ahora el calendario no lleva fechas especiales.

Vuelve, que la vida se me va buscando la tuya.
Vuelve, que nuestros recuerdos se escapan de mi frágil memoria.
Vuelve, que tu foto se desgasta después de mil caricias.
Vuelve, que el polvo se apodera de tus pertenencias.

Vuelve, que mi lugar preferido siempre ha Sido tu pecho. Siempre.
Vuelve, que me siento a esperarte cada día en ese sitio al que no volverás.
Vuelve, que mi mesa siempre guarda un espacio para ti y última cena.
Vuelve, que mi hogar está tan frío como la piedra que hoy adorna el tuyo.

Vuelve, que mi alma se desvanece como aquel día tu mirada.
Vuelve, que mis ojos no soportan ver a todas partes sin hallar tu sonrisa.
Vuelve, que mis brazos se cansaron de alzarse a la nada para abrazarte.
Vuelve, que mis pies están exhaustos de seguir tus pasos sin alcanzarte.
Vuelve, para inventar mil formas de volverte a amar.

Vuelve, para de nuevo crear un destino no tan gris.
Vuelve, para cantar otra vez esa canción.
Vuelve, para decir tu nombre sin que algo en mí se rompa.
Vuelve, que quiero enojarme una vez más contigo.

Vuelve, que quiero pasar por alto tu presencia en el sofá.
Vuelve, que quiero rechazarte otra invitación.
Vuelve, que quiero que me obligues a dejar el plato limpio.
Vuelve, que a mi corazón le sobran los latidos que al tuyo le faltan.

Vuelve, que la sombra de tu ausencia me oscurece el mundo entero.
Vuelve, que al río de mis lágrimas no le queda una sola gota por tu culpa.
Vuelve, que llevaste mis ganas de seguir, y quiero que las devuelvas.
Vuelve, que para otras despedidas ya tendrás más tiempo.

Vuelve, que nunca voy a cansarme de esperar.

Vuelve, que para amarte me falta una vida.
Vuelve, que esta me sobra para extrañarte.
¡Vuelve, por dios, vuelve!
Vuelve, que ya conoces el camino.
Vuelve, solo una última vez, solo un instante.
Vuelve, y llévame contigo.

Inesperada visita de un 15 de octubre

Leidy Juliana Restrepo Mesa

Fue 15, 15 de octubre, ese día vine a visitarlo. Dos días antes, ella, estuvo con él toda la mañana y parte de la tarde, recordó cuando la cargaba por la casa, siempre paraban en el mismo cuadro, un cuadro hermoso, era pequeño y tenía unos pájaros en su interior. Arriba, con su dedo índice en posición, señalaba y le decía: Un pajarito…otro pajarito. Ella, tan pequeña e inocente no sabía sí maravillarse con el cuadro o con el hombre que la sostenía en sus brazos y le susurraba esas dulces palabras. La rutina se repetía a diario, pero nunca lo fue, o al menos no la sintieron como una.

Su mente y ella volvieron a la habitación, lo ve ahí, él no la ve, está viendo el cielo azul y en calma. Justo debajo de esa inmensidad celeste, dos edificios y un paisaje poco urbano; un paisaje de árboles verdes, serenos y fuertes como la mirada del hombre, ya anciano. Él, tiene unos ojos verdes, verde esperanza, verde tranquilidad, verde sabiduría, pero sobre todo verde amor.

Sonríe, respira, la mira, la mira y sonríe de nuevo ¡El momento es hermoso! Ambos, sin saberlo, recuerdan al unísono momentos de la vida que han compartido hasta ese momento. Hace muchos años él le enseñó todo lo que sabe sobre Caballos y los amaban, los cuidaban, montaban y admiraban, tantas veces como les era posible. Hace casi la misma cantidad de años, alguien los miró mirarse y de sus labios brotaron como trazos que se graban en tu mente y tu alma: ustedes dos se aman. Y no podía ser más cierto.

Dejan de recordar y vuelven al presente, es momento de irse, ella lo abraza, él la bendice. Ella se marcha y promete volver, él con gusto la esperara. Llegó el 15, fui a visitarlo antes que ella, ellos no lo sabían, pero no volverían a mirarse porque mi visita lo cambiaria todo.

La vida puede ser extraña, pero aún más extraña soy yo, la muerte, que tan segura como incierta y tan fugaz como eterna, llego sin avisar y me voy sin despedirme. Ese 15, 15 de octubre, debía visitarlo, lo salude y se marchó conmigo. Ahora, mientras él me pide volver, ella me pide visitarla.

En memoria de José Manuel Mesa Cadavid, el mejor hombre, padre, abuelo, maestro y compañía que la muerte pudo visitar.

Un grito en el silencio

Mabel Rocío Úsuga Yepes

Y hoy, ¿quién me puede dar razón de ti?
Te has ido y no sé si tu recuerdo es verdadero
O si es fruto de mi imaginación.

¡Quién puede tener tu recuerdo más que yo!
¿Quién me puede dar razón de ti?
¿A quién preguntar por tus gustos y sabores?

El viento trae consigo tu aroma y tú recuerdo
Las montañas sabrán describir tu figura
Aquellos caballos habrán guardado tus secretos.

Los árboles, sus semillas y frutos habrán conocido tu sensibilidad
¿Quién? Sí fui yo, quien te vio partir.

Cómo preguntar a las aves sí sabe de tu vuelo
Hoy le pregunto al alba si guardo tu mirada
Al sol, si sabe de tu amor
A la lluvia, por qué ha limpiado tus huellas

¿Dónde está tu recuerdo?
¿Alguien, me puede decir que no estoy soñando?
El último arco iris que te vio respirar, me puede decir ¿Cuáles eran tus sueños?
A la tierra, las raíces y el follaje, ¿Quién me puede dar razón de tu caminar?
Tus pasos, ¿a dónde han ido?

Hoy quiero seguir tus huellas, pero no están.
Alguien las borró…

Y no tengo quién me dé razón de ti.
Todos te han olvidado…

Poema escrito en memoria de mi padre, quien falleció cuando yo era niña

La última estación

Mateo Fonnegra Marín

Mientras manejaba por horas hacia el pueblo natal de mi padre, Puerto Berrio, no podía evitar ver a mi padre acongojado, era normal, mi abuela había muerto, su madre querida a la que visitábamos todos los años. Nos avisaron de su muerte de manera repentina, el entierro sería al día siguiente, por lo que tuvimos que empacar rápidamente y emprender nuestro viaje.

Una vez allí, toda mi familia paterna estaba junta para despedir a mi abuela, en eso mencionaron que allí en el mismo cementerio, se encontraba descansando mi abuelo y que cuando fuera el momento, mi abuela descansaría a su lado. Yo realmente no sabía mucho de mi abuelo, murió relativamente joven y mi padre, al ser menor que sus hermanos, no pasó mucho de su tiempo con él, así que no me contaba demasiado sobre mi abuelo, ni siquiera mi madre sabía mucho sobre él, pues murió incluso antes de que se casara con mi padre, así que nunca lo conoció. Con la intriga que sentí sobre mi abuelo, decidí preguntarle a mi tío Jairo, el era uno de los hermanos mayores, así que debía saber.

—¿Tío, que sabes de mi abuelo? — pregunté curioso
—¿su papá no le ha contado de su abuelo? —respondió mi tío confundido
—la verdad si lo hizo no recuerdo, no se cuál era su nombre
—se llamaba Jairo, a mi me pusieron el nombre de el — decía mi tío con voz orgullosa
—¿de verdad? ¿Cómo era él? — comencé con mi interrogatorio mientras nos sentamos a conversar.

Me contó varias cosas sobre mi abuelo, él siempre fue una persona callada, aunque estaba en casa, realmente no se le sentía, excepto a la hora de beber, pues en ese momento se ponía a hablar de todo con todo el mundo, al parecer mi abuela siempre fue la que ponía las reglas en la casa y la que los hacía obedecer con sus métodos poco prácticos, pues era la que los castigaba de tal manera que no tuvieran ganas de volver a repetir lo que hicieron, a menudo salía a caminar y era bien conocido en el pueblo por ser uno de los conductores del ferrocarril.
—¿Mi abuelo trabajaba como conductor de ferrocarril? — se me notaba sorprendido, no me imaginaba que mi abuelo tuviese un trabajo así

—pues claro, era de lo mejores y le gustaba lo que hacía, ahí conoció a tu abuela — seguía relatando mi tío mientras intentaba recordar.

Mencionó que a pesar de ser tan taciturno era una persona alegre, seguramente

mas que un amargado que no le gustaba hablar, era simplemente alguien tan relajado que no veía necesidad de hacerlo, gran cantidad de personas lo conocían, pero a él le interesó una en especial, una mujer un tanto morena, de cabello negro lacio y muy largo que cada tanto veía por la estación de ferrocarril.

—Mi abuela obviamente — interrumpí mientras me lo contaba.
—pues claro sobrino, su abuelo quería mucho a mi mamá, siempre andaban juntos y le daba todo lo que podía, mi mamá me contó que un día cuando la vio en la estación le recibió con flores y le dijo que no se preocupara por que el iba manejando y que mientras el manejara la iba a llevar a donde fuera e iba a estar muy bien. — me contaba con una sonrisa
—Eh, pero mi abuelo si sabía cómo hablarles a las mujeres — lo decía mientras reía, pero también me parecía algo muy lindo.
—Pues claro sobrino, mi papá me enseñó lo que se para poder conquistar a su tía. — me dio unas palmadas en el hombro mientras reía.
—¿Por qué murió tan joven? — pregunté un poco más serio
—pues después de que tu abuelo se pensionó le dio cáncer de próstata y murió de eso cuando tenía como 62 años — comentó un poco triste
—¿Se pensionó tan rápido? — dije confundido

—Si, como que los conductores de ferrocarril se pensionaban rápido, o no sé, pero estuvo de servicio 20 años, aunque creo que después de pensionarse estuvo más triste.

No era de extrañarse, en un tiempo donde las calles eran de tierra y las chivas apenas existían para desplazamientos cortos, ir en ferrocarril era la mejor opción de transporte, de esa manera mi abuelo podía conocer distintos lugares del país, conocer la capital de Antioquia, ver los lindos paisajes que se vislumbraban mientras ibas en el ferrocarril, más aun teniendo en cuenta que en esos tiempo la enorme urbanización que tenemos ahora todavía no estaba, por lo que lo más normal era ver grandes campos verdes durante todo el recorrido, puedo decir por experiencia propia que un pueblo como Puerto Berrio todavía cuenta con grandes extensiones de paisajes verdes, por lo que no dudo de lo grandioso que sería en su tiempo, además en esas estaciones fue donde conoció a su querida esposa, por lo que debía ser nostálgico para él poder verlas cada vez que iba a trabajar.

—Todavía recuerdo el día que murió mi padre — comenzó a narrar mi tío, — ese día luego de mucho dolor y tristeza, estaba acostado en su cama, en un momento intentó levantarse agitado, lo empezamos a calmar y le preguntamos que le pasaba, él en ese momento nos dijo muy preocupado que lo dejáramos ir, pues tenía que llegar a la estación de ferrocarril rápido, por que tenía que llevar a alguien importante y no podía llegar tarde.

Me intrigaron bastante las palabras de mi tío, pensaba que quizá en un delirio, mi abuelo estaría pensando que todavía estaba en sus años mozos y tenía que ir a trabajar. En ese momento recordé que mi tío también estuvo acompañando a mi abuela en sus últimos momentos, así que le pregunté por las últimas palabras que dijo mi abuela antes de morir.

—¿sabe qué? — me dijo sorprendido, —ahora que recuerdo, lo último que dijo mi mamá antes de morir fue que estaba escuchando unos silbatos como del ferrocarril, yo pensé que estaba escuchando cosas raras ya por lo senil, pero entonces cuando le pregunté si tenía algo ella me dijo “ya viene, ya viene” y cuando le pregunté ¿Qué viene? Ella me contestó “el ferrocarril que es estuve esperando tantos años”En ese momento entre lágrimas, me levanté hacia la tumba de mi abuela y recé por ella, sabiendo que había alguien que la dirigía al lugar correcto.

Hojarascas musitan a los viejos obstinados

Sebastián López Martínez

Cuando mi abuelo comía
el perro daba vueltas infinitas
nadie pudo determinar porque no se mareaba
ni amigos, veterinarios, o entusiastas.
Con la misma gracia aguardaba el perro
un pedazo de garra, que era su recompensa.
Luego mi abuelo
con sus hiponiquios que solían yacer blanquecinos
por repasar desmedido la cal de las paredes de tapia
le sobaba la cabeza
y el perro quedaba empolvado
a veces ruborizado como una señorita.
Pero mi abuelo empezó a olvidar todo
amolar el machete
colgarse el carriel
pagar la funeraria.
Un dia olvido alimentar a el perro
y este en su lealtad desesperanzada, le dijo:
«comiste y no me diste».

Fue allí cuando lo ví
el perro, por supuesto, también lo notó
mi abuelo ya estaba demasiado anciano
se veía en su piel
su madera humana, consumida
 cohabitó con el fuego de las polillas del tiempo
que sin reparo alguno
rumiaron voraces el errante camino de sus tejidos.
Nunca me percate de sus cambios como ese día
se me hizo tanta costumbre
verlo allí, detenido
en su silla de roble tallada
como si fuese el trono del útero de su tierra
de un gobierno de arbustos de café
con sus frutos de rubíes blandos
y sus hojas de verdes cubiertas.
En ocasiones, el viento traía consigo

trinos, augurios rojos
y parecía que la tierra lo perdonaba
le daba más fruta que sembrar
lo paría otra vez.

Desde aquel momento no demoró mucho
la tarde en que las hojarascas en las flores
se tornaran taciturnas.
Lo observé por última luz, con ojos de agua tibia
mirar el vespertino de las gallinas
y aunque el cielo escurriese con violencia
permaneció íntegro en su trono
ningún zancudo podía arribarsele
y en su paso resfriarlo
la música de la lluvia no lo ensordecía
lo dormía con rezos católicos
como si pretendiera morir.
Algunas gotas desposadas de un viento desordenado
se posaron por su piel
recorriendo dúctiles sus franjas morenas
mientras sus ojos que lo han visto todo en la montaña
seguían lloviendo en danza con la tierra mojada.
Cerró angustiado sus ojos tropicales
y suspiró con la nostalgia cansada
lo ví en su ceño atardecido
mientras el agua de las tejas de barro
lo junto en un solo amasijo con su silla
que ya era su piel
y la tierra musitó desde dentro tornarlo a sus dominios campestres
la misma tierra herbal con huella de botas osadas
la misma tierra cerril que siempre lo amó.

Cecilia

Tania Paola Aristizábal Henao

Cecilia nació el 25 de julio de 1939 en la finca "La Esmeralda" en la vereda Villahermosa del departamento del Tolima. La primera persona que la recibió en sus brazos, fue la partera que asistió el nacimiento de una hija más del matrimonio campesino Celis Rincón. Cecilia se sumaba ya a la lista de cuatro hijos que completaba la pareja de esposos Eladio y Felicitas y de muchos otros hijos que vendrían después, para un total de diecisiete hijos, entre nacidos vivos y muertos, puesto que el vientre de Felicitas ya no aguantaba más el dolor de parir.

Ceci, recuerda que fueron diecisiete en total. Algunos, no tuvieron nombre porque nacieron muertos o se morían a los días de nacidos y no alcanzaban a ser nombrados. Pero, eso sí, si la memoria no le falla o quizás no mucho, el orden en que nacieron sus hermanos y hermanas fue el siguiente: Lugo, Samuel, Saulo, Delia, Cecilia (la protagonista de esta historia), Belarmina, Gilberto, Deyanira, Karina y Eladio, para un total de 10 hijos (los que nacieron vivos y se "criaron").

Ella, una mujer del campo, cuenta que tuvo una infancia feliz pero muy dura. Desde los nueve años el trabajo llego a su vida. Sus padres tenían una finca cafetera y cada año llegaba un hijo, recuerda a su madre embarazada años tras año y sólo pensaba dentro si: "¡Que pereza, otro muchachito!". Lo decía, porque, ella que era de las mayores le tocaba "bregarlo" y cada vez se sumaban más las responsabilidades de una hija que se convertía en madre sin ser mamá, pero "levantaba" a más de uno.

Fuera de eso, los trabajadores de la finca no se hacían esperar, pues la finca "La Esmeralda", era más su hogar que quizás su propia casa, allí, pasaban la mayor parte del tiempo entre la mañana y la tarde, donde recogían café y desherbaban los cafetales. A Cecilia le toca atenderlos y, también a sus hermanos y hermanas. Cocinar, lavar, hacer teteros, pilar el maíz, era una de las tantas tareas que tenía por hacer.

Su rutina a los nueve años comenzaba a las cuatro de la mañana, cuando el gallo la despertaba. Era la hora de preparar los tragos para recibir a los trabajadores que venían, había que preparar el café y el desayuno por lo pronto. A las seis eran los tragos y se recibía con un buen café bien caliente, para empezar el día y a las siete de la mañana era el desayuno, como buen desayuno campesino, donde en las fincas la tierra daba los frutos para alimentar a los de casa y los de afuera. Este era compuesto por caldos de papas rebanadas, cilantro, cilantrón, cebolla,

ajo, “arepas planchas”, carne frita y ya era opción del trabajador si quería café o chocolate. Cuando se terminaba de despachar al comité de trabajadores, seguía el comité de la familia, los hijos y los padres, en total doce personas que alimentar y el “trajín” continuaba…

Mientras preparaba el desayuno y lo servía, ya iba siendo la hora del almuerzo, que era a las diez de la mañana. No faltaba el buen plato de sancocho con papas, yuca, arracacha, carne de res, arepa redonda, mazamorra y blanqueado. A las dos de la tarde era el algo con arroz, papa o arracacha sudada y carne frita y se finalizaba con la comida a las cinco de la tarde con frijoles, arepa, tajadas de papa y maduro, arroz, carne frita y mazamorra.

Pero, Chila, no se olvidaba de ser niña y el juego y las travesuras no podían faltar. Una vez terminada la labor en la cocina, salía corriendo a los cafetales a comer las mazorcas del cacao.

La finca tenía café, papas, yuca, plátano, cañas de azúcar, papayas y piñas, era un paraíso tropical en medio de un clima cálido que la acompañaba.
Eladio, su padre, la adoraba, esa negrita, como él la llamaba, contestona pero sincera era su hija preferida. A las seis de la tarde, se iba con su padre a seguir cogiendo café y él la montaba en una bestia y la llevaba por los cafetales a dar una vuelta mientras le cantaba: “Eres mi niña adorada, mi bella flor resplandeciente, como el verano ilumina al mundo, tu iluminas mi vida con tu presencia, mi Cecilia querida”.

En medio de unos de sus tantos paseos, de repente, escucharon gritos y lamentos, algunos sonidos de balas y el ruido del viento cuando golpea el filo del machete. Eran unos sollozos increíbles, ella que era una niña no entendía muy bien que pasaba, pero el padre ya lo sospechaba.

Un compadre de Eladio, le había dicho hace poco que la violencia había tocado sus vidas. La vida en la vereda se había complicado y la matanza de Conservadores y Liberales no paraba. Él, un padre de familia, no pensaba que la muerte iba a llegar a su casa y que esa lucha era ajena, que no lo tocaba, el no molestaba ni se metía con nadie, el sólo era un señor de campo, padre de familia de diez hijos y administrador de su finca cafetera “La Esmeralda”, sin embargo, sintió miedo…
A la familia Celis Cruz le toco huir. Eladio temía que los próximos que mataran fueran a sus hijos y a su esposa. Se fueron hacia el Valle del Cauca, en busca de una mejor vida y se establecieron en otra finca cafetera en la vereda de Pabas, huyendo de la violencia.

Allí, Cecilia siguió con sus travesuras, seguía siendo una niña, ahora tenía diez años y seguía llenando de alegría su hogar. Su padre le compro un tiple para que lo tocará y cantara. Se iba a las fincas vecinas en las fiestas del café y la caña y cantaba:

“De Villahermosa soy y allí se quedará mi corazón”
En honor a mi bisabuela Cecilia.

Habitación 212

Valentina Mesa Quintero

Sentarme a escribir esto que hoy les contaré, me tomó 8 años. Y aunque hoy en día todo parece haber mejorado, el alma y cuerpo quedan marcados para siempre. Noviembre 29 del 2011, era mi cumpleaños número 14 y yo estaba feliz por recibir a toda mi familia en casa. Siempre me han gustado bastante los cumpleaños, no solo el mío, si no que en general mi familia siempre ha sido de celebrarlos todos juntos, y corrimos con la suerte de nacer repartidos en los 12 meses del año así que cada mes tenemos una excusa para vernos y pasarla bien.

Continuando con ese día, algo en mi cuerpo se sentía extraño, un poco más débil de lo normal, ya venía varios meses así, pero no le dimos mucha importancia. Ese día, al finalizar la noche, noté unas burbujas extrañas de sangre en mi boca, mi mamá dijo que tal vez me había mordido mientras comía, y tenía sentido, pues como es costumbre en mi casa comimos toda la reunión.

Esas burbujas de sangre crecían, yo intentaba explotarlas, pero volvían a crecer, hasta que un día desaparecieron y eso quedó en el olvido. Pasaron los días y ya estábamos de nuevo reunidos para darle la bienvenida a un nuevo año, y sí que sería importante para todos. Era el año de mis quinces, y al ser la primera nieta de la familia en llegar a esa edad, todos estaban involucrados y emocionados con la fiesta. Yo, sin embargo, no me sentía muy segura de querer una fiesta, nunca fui muy buena relacionándome así que el hecho de pensar en una fiesta y no tener amigos que invitar me ponía un poco pensativa, pero mi familia estaba tan ansiosa que finalmente accedí a realizarla e incluso ilusionarme por la celebración. Sé lo que están pensado, pero esta historia no es sobre mi fiesta de quinces.

Febrero 24 del 2012, aniversario del matrimonio de mis papás, y como cada año decidimos salir a comer y celebrar su decisión de formar una familia juntos. Pero algo más decidió acompañarnos en esa cena de celebración, las burbujas de sangre habían vuelto, y ésta vez para quedarse, esa noche no pude ni siquiera comer porque me dolía mover la boca y se reventaban con cada movimiento. Mis papás querían llevarme al hospital, pero yo presentía que algo malo le pasaba a mi cuerpo y les dije que estaba bien, que no dañaremos la noche sentados en un hospital. Y esa, fue la última noche antes de la tormenta.

Febrero 25 del 2012, 8:11 a.m., me levanté un poco débil, me dirijo al baño para lavarme los dientes y al encender la luz lo primero que veo en el espejo es como mi nariz sangra, me limpio y al cepillarme me sangra la boca, le digo a mis papás y

ahí comenzó el camino arduo para el cual no estábamos preparados. Contamos con suerte porque el centro de la salud quedaba justo cruzando la calle, me atendieron de inmediato, me senté en la camilla y con solo verme la doctora ya tenía el diagnóstico.

Púrpura trombocitopenia idiopática, aún escribirlo me transporta al momento en que lo escuché por primera vez. Ni mis papás ni yo entendimos que quiso decir la doctora, pero el llanto y el miedo se apoderaron de nosotros. Aunque la doctora estaba muy segura de que era lo que pasaba, me mandó exámenes para corroborar, mientras esperábamos el resultado mis papás debían ir a trabajar y yo me quedé con mi abuela en su casa.

4 horas después, mientras desayunaba llamó mi papá, mi abuela contestó y a los segundos empezó a llorar. Colgó y mientras lloraba solo me repetía que todo iba a estar bien, que no me altera, pero que debíamos ir con urgencia al hospital. Cuando llegué al hospital con mi abuela ya mis papás estaban ahí, se veían tan mal como nunca los he visto, la doctora estaba con ellos, me dijo que una ambulancia vendría por mí, nos explicó que mi estado era grave y que era importante permanecer muy quieta puesto que tenía el peligro de sufrir un derrame cerebral y hemorragia interna en cualquier momento.

Resulta, que mi enfermedad se llama púrpura porque ese es el color que empiezas a tomar, las plaquetas de tu sangre, encargadas de coagular, no hacen su trabajo, porque están siendo destruidas por tu propio cuerpo, para que se hagan a la idea, el cuerpo debe tener un rango de 120.000 a 350.000, y yo tenía solo 1000.

Mi debilidad, las burbujas de sangre y unas manchas rojas en todo mi cuerpo parecidas a una alergia, eran los gritos de auxilio que mi cuerpo venía teniendo hace meses, pero no escuché, no escuchamos, y eso nos costó. Fui trasladada en ambulancia hasta la clínica el sagrado corazón en buenos aires, bastante lejos del lugar donde mi familia y yo vivimos. Cuando llegué, el resto de mi familia ya estaba esperándome, estuve un rato en urgencias hasta que me asignaron una habitación. La habitación 212, mi próximo hogar por unos días. Como mi caso era un tanto especial, todos los médicos y enfermeras de turno ya conocían sobre mí. Llegó la noche, como mis papás estaban tan asustados la enfermera les permitió quedarse a ambos conmigo, como mi mamá sufre epilepsia desde los 15 años, ella durmió en el sofá y mi papá en una silla. Sin embargo, decir que alguno de los 3 durmió es un error, la zozobra no nos dejaba calmar la mente y tal vez eso lo empeoró todo. Al día siguiente de mi ingreso, mis papás se fueron a la casa para terminar de traer cosas para esos días, recuerdo perfectamente como desde la ventana de la habitación los vi arrancar y despedirse de mí con mucho miedo de no verme más.

Pasaron pocos minutos y vi como el carro regresaba al hospital, mi papá llama a mi habitación y veo cómo mientras nos habla sacan a mi mamá del carro, desmayada, para ingresarla a urgencias. Resulta que no dormir hizo que su epilepsia se manifestara y le dio una convulsión; ese tal vez fue el detonante para que todo empeorara. En los exámenes del día siguiente no tenía absolutamente ninguna

plaqueta, la probabilidad de hemorragia y muerte eran casi que inminentes.

Ese mal día pasó, mi mamá salió de la clínica un poco débil, pero en mejor estado, sin embargo, yo seguía empeorando, mi cuerpo no respondía a los tratamientos, todos los días médicos diferentes intentaban cosas diferentes y mi cuerpo en vez de mejorar empeoraba, comencé a perder peso, a perder la esperanza, a perder el sentido de todo. Mis papás y mi abuela no se separaban de mí, y el resto de la familia de diferentes maneras me demostraban que estaban conmigo.

Pasé 11 días en la habitación 212 de la unidad de cuidados intensivos, hasta que por fin mi cuerpo empezó a responder a un tratamiento: una alta dosis de esteroides para evitar que mi sistema inmune siguiera destruyendo mis plaquetas.

Pude volver a casa, mis piernas habían perdido la fuerza para caminar y mi cuerpo sentía extraño el estar fuera del hospital, así que poco a poco tuve que adaptarme de nuevo al mundo exterior, ya que, aunque 11 días no parezcan mucho, lo vivido durante esos días lo cambiaron todo.

Lastimosamente todo no terminó allí, mi cuerpo no podía permanecer siempre con altas dosis de esteroides, mis huesos, articulaciones, órganos y piel empezaban a sentir el efecto de esta medicina, así que los doctores optaron por ir bajando la dosis paulatinamente, sin embargo, conforme la dosis bajaba mis plaquetas también lo hacían, a veces al punto de tener que ser internada de nuevo para estabilizarme.

Sorpresivamente, cada vez que fui internada en el hospital, terminaba en la habitación 212, como una especie de maldición o atracción entre ese lugar y yo. Después de 1 año y medio de luchas con los esteroides, de subidas y bajadas, los doctores decidieron que era hora de realizar algo diferente: operarme. La opción era extirpar el bazo pues después de exámenes descubrieron que las plaquetas estaban siendo destruidas en ese lugar, si eso no funcionaba, la última opción sería una especie de quimioterapia, porque, aunque yo no tenía exactamente un cáncer, hacía parte de la unidad de oncología.

El 16 de septiembre del 2013 fui sometida a cirugía; tras 6 horas de estar allí, el procedimiento terminó, la recuperación fue bastante dolorosa, tuve que tomar terapias respiratorias por varios meses pues la cirugía había afectado mis pulmones y la vida comenzó a ser otra. La habitación 212 siempre estará conmigo, y las secuelas de ese episodio quedaron tanto en cuerpo como en mente, pero si algo es cierto es que mi vida y la de mi familia cambió totalmente, no solo por los cuidados que se deben tener para conmigo, sino porque nos enseñó a ser fuertes, a valorar el presente y a reconocer en cada día la oportunidad de vivir al máximo.

Recuérdame

Valentina Quintana Pérez

"A menudo el sepulcro encierra,
sin saberlo,
dos corazones en el mismo ataúd."
Alphonse de Lamartine.

La dejé con un abrazo fuerte y una mirada tranquila, le prometí que todo estaría bien y que a más tardar al día siguiente estaríamos juntas en la misma cama. Lo dije porque en mi corazón no sentía dolor; sin embargo, le mentí porque esa fue nuestra última risa de complicidad, fue nuestro último suspiro de amor y aún no estaba consciente de ello. Recuerdo haberme levantado con una tos muy fuerte, estaba acompañada de un dolor de pecho en ese momento que no sabía que pasaba conmigo, durante una hora no paré de estar en esa misma situación y cuando alcé mi vista para poder tomar fuerzas y hacer que parara ya no estaba en mi cuarto, me encontraba en un taxi camino a un lugar que desconocía y en ese momento sentí tanto frío en las manos que resigné mi cuerpo a esperar alguna ayuda, pero hoy la miro desde acá, lejos, donde no puedo abrazarla ni calmarla, solo enviarle señales de que estoy cerca y que nunca la dejaré sola porque mi compañía camina con ella.

Abuelita Matilde, solía llamarme todos los días y más cuando me pasaba de horas con la siesta. Nos sentábamos a ver la novela y reíamos tanto porque a ambas nos encantaba comentar que podría pasar si estuviéramos en el papel de los protagonistas; cuando llegaba la hora de la cena desde la cocina la escuchaba decir que me haría huevito con plátano maduro cocido, nadie diferente a ella sabía que esa era mi comida favorita. Era una vieja cascarrabias de 62 años, ya difícil de comprender –o eso decía mi nieta cuando rechazaba sus otras comidas–. Estaba tan pequeña en ese entonces, pero tenía las habilidades de una persona adulta, mantenía pendiente de mi ropa, mis zapatos y todas mis comidas, para ella no había cosa distinta por hacer solo estar a mi lado recordándome cada día lo mucho que me quería.

La última semana de julio no me sentía nada bien, mi cuerpo estaba débil y no encontraba gusto a nada, quería estar acostada y quieta en ese lugar sin sentir el esfuerzo de poner mis pies en el suelo. Todos los días mi nieta llegaba a las doce del mediodía, lo primero que hacía era entrar a mi cuarto y preguntarme si ya había almorzado, no quería agobiarla con mi mal estado y mis respuestas eran un sí, aunque por mi boca no había pasado bocado.

El 2 de agosto del 2006 el día no empezó nada bien, el agua quemaba mi cuerpo, mi boca no tenía gusto y mi respiración estaba acelerada, recuerdo que hacíamos la siesta de las dos de la tarde, mi nieta Valentina estaba al lado mío, empecé con una tos fuerte que me hizo parar de forma rápida, ella al igual que yo se paró de una vez y empezó a darme golpecitos en la espalda, duramos mucho tiempo en esa situación (una hora aproximadamente) hasta que mi hija decidió llevarme al hospital porque era algo tan inusual que la tenía asustada. Le dije a mi pequeña de solo doce años que no se preocupara y que al día siguiente estaría de nuevo en casa, que me mirara con felicidad y amor, como siempre, y no con ese dolor que sentía que nos consumía a las dos.

Pasó todo el día y yo estaba en ese lugar frio y solo, tenía un dolor fuerte en el pecho y cuando veo a los médicos entrar a mi lugar y de sus bocas salían las palabras “es un infarto, por favor, vamos a entrar en reanimación”. Fueron tres los que pude vencer y sobrevivir, pero para la desdicha de mi vida llegó un cuarto esfuerzo que no pude aguantar, dejé de estar en un lugar lleno de luz y pasé a una oscuridad abismal. De lejos veía a mi hija llorar sin consuelo y decir una y otra vez que no podía estar pasando aquello. Fue el 3 de agosto del 2009 que mi cuerpo dejó de estar con mis seres queridos, y mi alma pasó a ser la compañía infaltable de mi pequeña niña. Tuve que verla derrumbarse sin poder abrazarla, decirme una y otra vez que se había quedado sin compañía, sentirla morir cada vez que se acercaba a mi cuerpo y lo sentía frio, triste y sin vida, desde entonces había dejado una parte de su alma oscura y sin amor porque en su vida yo era la luz que la iluminaba cada día.

Fueron cuatro días tratando de mostrarle que no me había ido, la hacía sentirme cada vez que entraba al cuarto, era más fuerte si se acostaba en mi cama, pero no comprendía que ella solo podía sentir miedo, que su piel se erizara cuando estaba en nuestro lugar. Al quinto día tomé la decisión de partir definitivamente, y en la noche recogí cinco de mis pasos que siempre daba cuando caminaba al baño y los toques de mi bastón fueron los aliados para hacerle comprender que era nuestro último encuentro en ese lugar. Desde entonces solo la cuido desde lejos siendo consciente de que su vida no fue la misma desde entonces.

CORPORACIÓN

Gilberto Echeverri Mejía

Sueños que transforman vidas

2020

CORPORACIÓN

Gilberto Echeverri Mejía

IDEA | Fundación epm | GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA | UNIDOS